

OPINIÓN

Claudio Rodríguez en la Academia
y Juan García Hortelano en el recuerdo

Llegué a Madrid el pasado domingo 29 de marzo a eso de las 12 de la mañana, pues me aburría en Barcelona, y quería tener tiempo para conseguir el nuevo número de teléfono de Claudio Rodríguez. Quería quedar con él y acompañarle mientras se vestía y entraba en capilla, antes de que hiciese el paseillo previo a su discurso de toma de alternativa o ingreso en la Real Academia Española, en la que iba a ocupar el sillón correspondiente a la letra "I", que dejó vacante al morir Gerardo Diego.

El teléfono que yo tenía de Claudio seguía mudo. Claro, pensé, estará nervioso y se habrá ido a un hotel como hacen los toreros antes de ir a la plaza, así ésta sea la de la ciudad en que vivan. En un hotel todo está mucho mejor controlado, y hay poco lío. Y ya más tranquilo me fui a almorzar a casa de mi cuñado Luis Carandell. Echaban cocido, y Luis, Eloísa su mujer y yo, nos pusimos las botas, pues Dora, la señora que les cuida, es de un pueblo serrano de la provincia de Madrid y en eso del cocido es primerísima autoridad.

Después del café me volví a colgar del teléfono, para que algún amigo común me diese una pista y así poder encontrar a Claudio Rodríguez. Quién sabe, pensé, si desea distraerse: podríamos jugar a los chinos o bien continuar una partida de póquer, mano a mano, que empezamos en las Palmas de Gran Canaria la primavera de 1980. Estaba decidido a dejarme ganar, por una vez, a los chinos o bien permitirle a Claudio rebajar su deuda en el póquer, que en estos momentos arroja un saldo a mi favor de 1.357.542 pesetas en números redondos; deuda reconocida por él, en documento autógrafo, firmado ante dos notorios tahúres del Principado de Asturias, el pasado año.

Bien, José Manuel Caballero Bonald estaba fuera de Madrid, y sus hijos nada sabían del paradero de Claudio; Fanny Rubio "no se encontraba"; los teléfonos de Ángel González y de Francisco Brines estaban abandonados: sus dueños debían comer fuera de la casa, porque luego les vi en el acto académico. Entonces se me ocurrió llamar a Juan García Hortelano. Nunca lo hiciera: resulta que está muy enfermo, grave, gravísimo. Yo le hacía recuperado, le vi en Barcelona en la primavera de 1991, hace menos de un año, animado y con buen aspecto. Pero ahora, por desgracia, no está para teléfonos ni para recibir visitas, sino para emprender su último viaje que no ha tardado en realizar.

Mis amigos y yo queremos a Juan García Hortelano desde hace más de 40 años, y sufrimos ahora con él y por él con más intensidad de la que poníamos antes por sus más que merecidos éxitos, que fueron muchos, y también por su gran corazón y fiel compañerismo.

Total, que me fui a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando —que era donde se celebraba el acto de ingreso de Claudio Rodríguez como miembro de número de la Real Academia Española— dos horas antes de que empezara el paseillo. Me acordé de visitas anteriores —¡ay, tanto tiempo ya!—, del edificio alzado a mediados del XVIII en tiempos de Fernando VI —de ahí su nombre—. Volví a leer su lema: "Non coronabitur nisi legitime certaverit" (traduzco para iletrados: "No será coronado si no quien luchar legítimamente", lema sacado, añadido yo, amparado en mis conocimientos del Nuevo Testamento, de la Epístola II de Pablo a Timoteo, capítulo 2 versículo 5).

Encontré a una simpática señorita bedel, o lo que ella quisiera ser, a la que comuniqué mi amor por Churriguera, arquitecto del palacio que fue de Goyeneche, y también mi pasión por los Goya que allí se guardan, que no son pocos: "Godoy en la guerra de las naranjas", "El tribunal de la Inquisición", "La casa de locos", "El entierro de la sardina", "Corrida de toros", "La Tirana", "Los disciplinantes", "Autorretrato", y otros que me dejó. La señorita bedel, seducida al saber que yo era amigo de Claudio Rodríguez, me lo enseñó todo: los Goya y también Zurbarán, Ribera, Corregio, Murillo, Rubens... la gozada, caballeros.

A todas éstas, eran ya las 7. La gente empezaba a entrar para conseguir asiento. Hacían bien: se llenó el salón, y también una prolongación de éste, y fueron centenares los que siguieron el acto de pie, apoyados en los muros, en los dinteles y en alguna columna. La señorita bedel, la admiradora de Claudio,

me reservó asiento preferencial, y ella ocupó el sillón de al lado.

Pero decía que el público iba entrando, y yo mirando. Hasta que percibí inusitado revuelo y grande aglomeración alrededor de un personaje calzado en un frac o terno azabache y perla. Claudio me vio, por Dios que sí, y abrazos, y dónde te has metido. Dónde te has metido tú, estepario, le solté. "Ya no vivo en la calle Lagasca", dijo. ¿Habrá hecho un abandono del hogar? "No, no, mi mujer está conmigo y yo con ella". Yo comento, eso está muy bien, y más en los tiempos que corren. "¿Por qué has venido?" Pregunta absurda: para verte y escucharte, tonto. Los de su cuadrilla halaban de él hacia extrañas dependencias interiores. "Nos vemos luego", dijo antes de ser arrastrado. No, no nos veremos luego, tengo que tomar el último puente aéreo, hoy es domingo y no puedo perder el de las 10 pm como dicen los trasatlánticos siempre tan finos. "Quédate, te conviene". Sí, seguro que me convenía, pero no me quedé.

Fui a mi asiento, junto a la enamorada de Claudio. Todo fue muy rápido: se constituyó la Presidencia; Carlos Bousoño ocupó el lugar del que realiza la tradicional contestación, y dos propios, quiero decir dos académicos, fueron a buscar a Claudio a las tinieblas exteriores, y lo introdujeron en la sala. Fernando Lázaro Carreter dio por abierta la sesión, y sin parar le pasó el turno a Claudio, que hizo un rápido y justo retrato de su antecesor en el sillón "I" Gerardo Diego (yo creo que el señor Gerardo Diego era mejor poeta cuando imitaba a Vicente Huidobro y a su creacionismo y también a Juan Larrea que cuando andaba con cipreses de Silos y sonetos delicadísimos que no me gustan nada; pero esa es mi opinión, que ignoro si Claudio comparte).

Pero ya el nuevo académico está metido en harina. Dedica sus palabras a Miguel Hernández, cuando se cumple el primer cincuentenario de su muerte.

Muchas de las cosas que dice Claudio yo ya se las había escuchado, pero sueltas, sin hilvanar como lo está haciendo ahora, y muy primorosamente. Otras reflexiones son nuevas para mí, fulgurantes. El poeta, el creador —"poien", crear— tiene libertad y esclavitud: vive consigo mismo, con todos, y ha de llegar a la con-

templación viva, a la expresión viva... La creación es fugaz y, por ello, duradera... El arte verdadero crea algo nuevo, si no, no es nada. Lo intensamente vivido tiene que estar intensamente expresado, no sólo con emoción, sino con pasión... El poema tiene que imponerse siempre al poeta. La vida no es poesía, pero la poesía sí es vida, aunque hable de muerte. El mundo es impuro, pero el poeta verdadero es siempre puro, aun a su pesar, aunque pretenda ser impuro y maldito. La poesía es sobre todo participación: una participación que el poeta establece entre las cosas y su experiencia poética de ellas dentro del lenguaje... "En poesía hay que estar dentro"... La llamada inspiración es una enajenación luminosa y pasajera, misteriosa y cierta: es ahí cuando el poeta escribe y "realiza" de manera plena sus sentimientos...

Claudio, me emocioné más aún que tu admiradora, que no dejaba de acariciarme las manos creyendo que eran las tuyas. Me puse a pensar en Juan García Hortelano y recordé muchas de sus palabras que él escribió sobre nosotros sus amigos: "El grupo poético de los años 50 desarrolla su obra desde y para la Belleza. Hoy, otros poetas más jóvenes, luchan por una estética de la fealdad". Luego recuerdo un párrafo de su antología sobre nosotros en el que nos hermana a ti y a mí: "El tema de la madre ocupa la primera poesía de José Agustín Goytisolo y muchos poemas de Claudio Rodríguez... Y en ambos la influencia de Cernuda no se detecta nunca".

Acabaste, te ovacionamos, escuché a Carlos Bousoño, más elegante en el decir y en el aparecer que nunca. Y luego salí escapado hacia Barajas. Es cierto, casi no pude verte, pero te tuve amigo Claudio mucho más cerca que en una de nuestras interminables y gloriosas partidas de póquer, en las que el amanecer nos señala la fugaz duración de la felicidad, tú ya sabes. Claudio, hijo, más viejo me hago, más te quiero. Ojalá pueda yo vivir hasta los 100 años para acrecentar mi cariño por ti. Pero estaba penando por Juan García Hortelano y hoy peno por él más que nunca.

JOSÉ AGUSTÍN GOYTISOLO

Poeta

*"Mis amigos y yo
queremos a Juan García
Hortelano desde hace más
de 40 años, y sufrimos
ahora con él y por él"*